

# El río

**Uxue Alberdi**

fabula el urbanismo  
feminista en Usurbil

**Borradores del futuro**

Colección Gipuzkoa #1



## **BORRADORES DEL FUTURO**

### **Productora**

Azala Espacio de Creación

### **Ideación y creación del proyecto**

Arantxa Mendiharat, Ixiar Rozas, Idoia Zabaleta

### **Asesor científico**

Unai Pascual

### **Coordinación**

Arrate Hidalgo

### **Diseño de la colección**

Ibon Sáenz de Olazagoitia

### **Comunicación**

Teklak. Estudio de Comunicación y Audiencias

### **Web**

La Debacle

## **COLECCIÓN GIPUZKOA #1**

### **Autora**

Uxue Alberdi

### **Alternativa**

El urbanismo feminista en Usurbil

### **Ilustraciones**

Paula Estévez

### **Traducción**

Arrate Hidalgo

### **Correcciones**

Amaia Apalauza

### **Grabación y edición de sonido**

Eñaut Elorrieta

### **Lectura para audio**

Marta Mas Terrón

### **Distribución**

NOIZ

### **Imprime**

Gráficas Dosbi

### **Primera edición**

Junio 2021, Lasierra (Álava)

### **Patrocinadores principales**

Kutxa Fundazioa

Diputación Foral de Gipuzkoa, Dto. de Cultura, Turismo, Juventud y Deportes

### **Entidades colaboradoras**

Diario de Noticias de Álava

Hala Bedi Irratia

Kaxilda

**Depósito legal:** LG G 00288-2021

Esta obra está sujeta a la Licencia Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional de Creative Commons (CC BY-NC-SA 4.0).

# **El río**

Historias y fabulaciones  
sobre mundos posibles

[borradoresdelfuturo.net](http://borradoresdelfuturo.net)



*Quiero quedarme en el presente, vivir en él,  
sintiendo el peso de un pasado que nunca pasó del todo  
y al acecho de un futuro que ya está aquí.*

**Donna Haraway**

*No hay solistas, solo acompañamiento.*

**Fred Moten**

## I

Luz se puso las zapatillas y el abrigo fino, cerró la puerta y atravesó la penumbra del tercer piso hasta la casa de Izaro. Allí esperó sin llamar a la puerta. Por el hueco de las escaleras se oía el llanto apagado de un bebé.

Bajaron en ascensor. En la sala de estar, Rober arrullaba al bebé contra su pecho. Estaba ayudando a Mari, la vecina del segundo, con el destete. Las saludó fugazmente, con el dedo meñique apresado en la boca de la criatura.

Con el viento sur llegaba el olor del espliego. En la plaza de la comunidad reinaba el silencio; las bicicletas y los juguetes estaban guardados en el cobertizo. Las dos ancianas habían alcanzado un equilibrio rítmico a raíz de sus paseos nocturnos. Mirko, el viejo profesor, leía en la mecedora bajo la ventana. Un charco de luz tenue salía del bajo de la casa de Bintu, la panadera, y se extendía en el camino. Se adentraron en la carretera de tierra y arena y, dejando atrás la huerta comunal, tomaron la senda que corría junto a la ribera. Izaro le señaló una lechuga que alzaba el vuelo alrededor del campanario. El ave las siguió como un alma perezosa.

Ya casi habían bajado hasta el nivel del río. En el barrio de Troya no se veía ninguna luz. En aquellas orillas había pescado angulas el

abuelo de Luz. De día había sido arenero; de noche, angulero, con un cedazo que arrastraba a pulso desde su pequeña ala. «¿Y a mí, quién me va a atender?», solía decir. Las voces de los muertos llegaban a los oídos de Luz con el murmullo del río. Durante años, Luz llevó una ciénaga, una culpa, como si fuera fango, en el pecho, tras marcharse a Madrid y dejar en el pueblo a un padre viudo y un abuelo impedido, convencida de que «atender» a alguien y ser arquitecta eran decisiones en extremos opuestos de la vida.

—¿Hace cuánto que no sabes nada de Odei?

Las dos mujeres hablaban en lengua de signos entre ellas. Izaro era sorda de nacimiento. Se conocieron en Madrid, en el grupo feminista de la facultad. Como si fuera una respuesta, Luz escuchó el aliento de la marisma: la bajamar. La respiración de millones de burbujas en el lodo del lecho. El río había empezado a revivir desde que se reguló la actividad industrial en la zona. Siguieron caminando río arriba. La lechuza se posó en la rama de un castaño. A lo lejos divisaron el barrio de las fábricas, hoy convertido, en parte, en casas. En un par de ventanas se distinguían sombras. Les artistas noctámbules también debían de estar trabajando en el Punto Colectivo.

—¿Te has puesto en contacto con él?

—Hace unas semanas. Puede que venga de visita. Está esperando a que le den permiso.

Luz se quedó callada. A veces se pensaba como un edificio.

—Eres su madre, Luz.

Se tocó una mejilla con los dedos índice y corazón, y luego se tocó la otra. Luz creía que *una madre* no debería ser un edificio imposible de cerrar por dentro. Pensó que ojalá todas las casas tuvieran tanto un pestillo como una vía de escape.

—Tengo ochenta y seis años, Izaro. —Avanzó unos pocos pasos. Después, se volvió hacia su amiga y dijo—: Ve hasta Babilonia. Yo te espero aquí; hoy no hace frío.

Babilonia, un caserío ocupado, estaba a un par de kilómetros de allí; a esa altura, donde se ensanchaba el río, se había formado una isla en medio del cauce. Ahora les jóvenes trabajaban la tierra de aquel islote. También habían puesto una cooperativa en marcha en el zaguán de Babilonia. La vieja se dirigió hacia allá con una agilidad prodigiosa. El canto del cárabo no le provocó reacción alguna.

En cuanto Izaro se alejó, Luz apoyó la espalda contra un abedul, se levantó las faldas un poco, abrió las piernas e hizo pis de pie. Sintió

el vapor cálido subiéndole por los muslos. Recorrió con la vista el paisaje, que no veía pero que conocía bien. Nombrar su entorno le ayudaba a calmarse: como si de una oración se tratara, enumeró el juncal, los alisos y el carrizal, los olmos montanos y los olmos comunes, los robledales de la hondonada, los nogales negros y solitarios, los castaños, los alcornoques de las pendientes, el abedul, el avellano, el carpe. Al nombrar la higuera, percibió el fuerte olor de los higos. Más tarde, sentada con su respiración en un banco de la orilla, oyó el tren nocturno llegar al pueblo y alejarse de él.

## II

Tras volver de sus paseos en la oscuridad, Luz solía desayunar con Izauro y con los vecinos más madrugadores. Era agradable comer en compañía del parloteo de la comunidad, el borboteo del agua, el aroma del pan tostado y la fruta. Intercambiaban periódicos y revistas; en casa había gente suscrita a distintas publicaciones. Con la *desciudadanización* de la comunidad, el papel había experimentado un renacimiento: las personas que estaban presentes para otras personas no necesitaban estímulos constantes. Les bastaba con la caricia sutil del papel, el olor de la tinta, el gesto mismo de pasar la página, tan reconfortante. Desarrollaron habilidades lingüísticas y sensoriales para pensar juntas, intercambiaron recetas de cocina. En Txirikorda usaban un *sistema de experiencia rotativa* en el que todo el mundo se turnaba para tomar conciencia de lo que sabía y compartirlo con el resto. Habían dejado atrás la *era del post-it*; las ideas complejas no les cabían en trozos de papel de colores. Aquellos mapas conceptuales que se dibujaban en las paredes no terminaban de sedimentar en sus cabezas, pues sabían bien que la sabiduría, de estar en algún lado, estaba en los matices. Así pues, aprendieron a percibir en todos los sentidos de la palabra: escuchar, comprender, oler, recibir, sentir, hacerse cargo. También conversaban sin un objetivo en particular. Se fueron dando cuenta de la importancia de las cosas que no sirven para nada; siempre sacaban tiempo y ocasiones para charlar de buena gana: lo que se valoraba en el barrio por encima de todo era alguien que diera conversación.

Luz dirigió la vista a Pikaola, la casa de al lado. Por las ventanas veía despertarse a la gente del edificio. Le dio un sorbo al café. Cuarenta años atrás, en los inicios del proyecto, tuvieron largas discusiones acerca del tamaño de las ventanas. Ponerse de acuerdo sobre la

relación entre el interior y el exterior fue un proceso laborioso. Hubo quien les acusó de estar proponiendo «una hemorragia de intimidad». La charla que dio Iزارo acerca de la importancia de verse mutuamente, señalándose los ojos con los dedos, fue memorable. Resultó ser ella quien les tuvo que decir, en lengua de signos, que también era elemental poder oír a les demás. En ese momento, algunos del pueblo se olvidaron de Iزارo y arremetieron contra la intérprete directamente. No era raro en aquella época. Se enfrentaron a esta última diciendo que era muy fácil defender el ruido siendo sorda. Iزارo les explicó con infinita paciencia que la escalera de la vivienda burguesa del siglo XX era un concepto que no tenía más de cien años, que la idea de que no se oyera ni una mosca desde la casa vecina estaba directamente ligada a la construcción del individuo productivo, que para sentirse era vital darse un poco la turra. No estorbar, ni molestar, ni incomodar: la intérprete lo había traducido como *dar la turra*, como decían donde se había criado Luz: «Quita de ahí, niña, no des la turra».

Luz lavó los platos del desayuno y se retiró a echar la siesta. Con la regulación de la jornada laboral de cuatro horas, había desaparecido la imposición de dormir ocho horas seguidas, y las siestas se volvieron algo habitual. Luz recuperó en la vejez el sueñecito de media mañana; una costumbre que había abandonado al ser madre. Cuando vivía en Madrid, era cuestión de supervivencia: dormía a deshoras, trabajaba a deshoras, hasta que un día se dio cuenta de que su tiempo, en general, se había convertido en un intento de conquistar las deshoras.

Subiendo las escaleras se encontró con Mari y el bebé. La piel de la criatura olía a aceite de caléndula y leche fermentada. Luz se ponía una gota de aceite de lavanda en el pecho para dormir; empezó a hacerlo después de dar a luz. Ya hacía cincuenta y nueve años del nacimiento de Odei, y no entendía del todo el sentido de aquello. Había algo que se le escapaba, una inquietud que se le colaba por las costillas como una ráfaga de viento frío. En esas ocasiones le venía bien alejarse del pensamiento antropocéntrico: la tranquilizaba ponerse en la piel de los lagartos, las mariposas y las aves que vivían libres de todo vínculo con su progenie. Quizá nunca estuvo preparada para ser la madre de un hombre. Tal vez no interiorizó debidamente que su hijo algún día se haría hombre, nunca, desde luego, una mujer, y que era posible que este intentase buscar fuera de casa los materiales para esa arquitectura cultural. No lo pensó a tiempo, quizá porque tenía





demasiado trabajo o, quizá, simplemente, porque hay algunas cosas que no se pueden pensar antes de que tengan lugar.

Odei no era más que un adolescente cuando volvió al pueblo. Y un apoyo para Luz, también, pues no le habría resultado nada fácil instalar sus huesos así, sin más, en el pueblo que la había visto crecer y que ella había dejado atrás hacía tanto tiempo, sin nadie a quien criar, representándose únicamente a sí misma. Pensó que enseñaría a Odei a ser más niño, a atrapar insectos en la resina de los pinos, a escuchar lluvias de ranas, a pintarse los labios con zumo de arándano. O quizá todo aquello no era más que pura idealización. De todas formas, Odei ya no tenía edad para maravillarse con la fosforescencia de las luciérnagas: la tierra de la niñez de Luz no iba a cantarle nanas a su hijo. Eran dueños de dos espíritus divididos por los recuerdos.

Luz echaba la vista atrás de vez en cuando. Nunca se habría imaginado que aquella comarca tradicional hasta decir basta se convertiría en un referente del urbanismo feminista; mucho menos que la llamarían para asumir la dirección del proyecto. Menos mal que poco después se les unió Izaro, que, con su temperamento sociable, opuesto al de la isla que llevaba su nombre, llegó a unir los fragmentos de aquella tierra. Fue entonces cuando todo se volvió más fácil, tanto en el trabajo como en casa; Izaro tenía una ligereza y una habilidad para tratar con Odei de la que Luz escaseaba.

Cuando abrió los ojos, volvió a sentir unas ganas apremiantes de caminar. Se decía a sí misma que estaba en la penúltima fase: poco a poco, se estaba despidiendo del humedal, de los bosques, de los caminos. No era un ejercicio dramático; al andar los mismos caminos de siempre, pisaba la tierra que la acogería después. Luz daba un paso tras otro atenta a los insectos; pensar en aquellos con quien vivía se le hacía imprescindible para entender con quién iba a morir. Quizá, bajando por la desembocadura llegaría hasta el mar alguna vez. Por la ventana vio el viento en el follaje del tilo. Se puso la chaqueta y el sombrero de tela. Era la hora de la asamblea. Los habitantes elegidos por sorteo debían de estar ya en la iglesia. El orden del día era el cuidado de las personas con dependencia severa. Por lo que Luz recordaba, era un tema que se repetía cíclicamente.

Salió de Txirikorda —la suya era la más antigua de las viviendas colaborativas del pueblo—, pasó las casas Pikaola y Txulunbre, y en Basatxo dobló a la izquierda. En Basatxo ya solo vivía gente vieja. Les jóvenes, burlándose, la llamaban *pasatxo* —«pasita»—; allí se había

reunido la gente mayor independizada de las casas intergeneracionales y también del colectivo LGTBIQ. Izaro y Luz conocían bien el miedo a acabar en una residencia conservadora, y de hecho esa fue una de las razones por las que impulsaron las viviendas colaborativas: después de dedicar toda una vida al activismo, no tenían ninguna intención de acabar con las monjas, sufriendo la heteronorma, el control social y la peste a almidón.

Luz saludó a le frutere, el pescatero y la librera. En la antepuerta de la carpintería, las virutas parecían rizos recién cortados. En la cocina de Txinorka había un grupo de niños fregando cacharros. En Zuasti aún estaban almorzando. La gente del barrio la saludaba desde las ventanas. Hacía mucho que las casas ya no tenían número.

Cruzó el puente y tomó rumbo hacia la estación. Rasha la saludó desde el otro lado de la calle; venía de las composteras, aún con el mono de trabajo puesto. La mujer había llegado al pueblo con sus cuatro hijos hacía veinte años, tras quedarse sin trabajo cuando cerró el último hotel de la costa, en el tercer colapso de la época de las pandemias. No fue la única. Toda la región sufrió la caída del turismo: la costa se convirtió en una ristra de pueblos fantasma y la gente se dio cuenta de que ya no iba a poder ir donde quisiera y cuando le viniera en gana. Esa parálisis forzada hizo colapsar a muchas personas: los cuerpos entrenados para el movimiento no pudieron soportar la idea de detenerse. Los organismos que estaban fusionados con la aceleración y la elevación estallaron sin un ápice de elegancia. «Las he recogido al borde del camino», dijo Rasha, mostrándole dos rosas blancas. Señaló al cielo. «Este año se ha portado». Luz siguió adelante mirando a las nubes escasas, absorta en sus pensamientos.

Los niños se reían cuando les explicaban que, hacía tan solo unos años, volar se consideraba un derecho. La chiquillería seguía correteando en las explanadas imitando a los aviones, con los brazos abiertos y los pies apenas tocando el suelo de aeropuertos imaginarios. Los restos de las aeronaves y el cosquilleo del viento aún sobrevivían en sus fantasías, aunque nunca hubieran visto nada parecido surcando el cielo. También jugaban en los cementerios de autocaravanas, donde les más pequeños pasaban el rato dentro de los vehículos y los adolescentes y jóvenes, a falta de coche, follaban sobre aquellas inversiones de las familias nucleares de generaciones anteriores. Vibraban al ritmo de la música *death beat*, temas de moda compuestos a base de voces y sonidos ya desaparecidos: despegues de aviones, coros de iglesia y

ultrasonidos del tráfico de la AP-8 se mezclaban con ritmos lentos y orgánicos. Algunas de esas necrópolis de caravanas se convirtieron en barrios de migrantes.

Los virus que una y otra vez pusieron el mundo y la idea de progreso patas arriba obligaron al ser humano a fijarse en lo que le rodeaba: no tuvo más remedio que empezar a construir a partir de los escombros. Las visiones antiguas del año 2020 auguraban una sociedad de coches voladores, pero en lugar de eso llegaron los trabajadores de Glovo en bicicleta. El agua, la electricidad y el gas alcanzaron precios inhumanos. Las epidemias dejaron en evidencia lo frágiles que eran tanto la economía como los centros urbanos de aquel entonces. Las ciudades se quedaron con el culo al aire: ya no valían para vivir. El poco sentido que podían tener dependía de tres parámetros: eficacia, productividad y rapidez. Bastó cambiar uno de los factores para que todo se derrumbara. A medida que se vaciaban los núcleos urbanos se llenaron las afueras y, poco después, comenzó el éxodo hacia el interior. Quienes podían regresaron a sus pueblos natales, repoblando aquellos lugares que antes les parecían aburridos y cutres. Las chimeneas de los barrios abandonados empezaron a despedir nubes de humo en invierno.

### III

Luz se sentó en uno de los bancos frente al andén. La estación conservaba la estética regionalista del arquitecto bilbaíno Manuel María Smith de comienzos del siglo XX, un estilo que denominaron nevasco, al estar inspirado en los caseríos que se convertirían en símbolo del romanticismo autóctono. Había mucho trajín entre los andenes. Vio estudiantes volviendo de la universidad; las faldas de corte *evasé* estaban de moda entre los jóvenes estudiantes, especialmente entre los chicos. Había cada vez más *gumas*, personas que se identificaban con la fusión de diversas identidades de género y géneros artísticos, musicales y literarios. Dos jóvenes masticaban tallos de khat. Parecía que iba en aumento el consumo de aquella planta psicotrópica que había conseguido aclimatarse a la región. Unos pocos troyanos se bajaron del tren, todos de negro, como de costumbre. El más viejo le dirigió una mirada fugaz. El grupo abandonó el andén y cruzó las vías hacia el lado en el que estaba Luz. El troiano de pelo cano se desmarcó del grupo para responder a una llamada; a Luz le pareció que hacía el

gesto de subir el volumen. Le vio alisarse las solapas de la chaqueta mientras le susurraba al aparato. De repente, el hombre dejó de mover los labios y siguió andando hasta llegar frente a Luz. «Señora», dijo mientras le extendía un trozo de papel, y acto seguido se marchó tras el grupo de negro. Luz guardó el papelito en el bolsillo de la chaqueta y se quedó mirando a la vía del tren. Hacía años que un troyano no le dirigía la palabra.

Cuando comenzó la transformación del pueblo, la mayoría pensó que sería algo superficial, centrado en lo estético, sobre todo. Luego empezó esa campaña de las basuras, lo de la vivienda colaborativa, el acondicionamiento de la antigua estación de Txokoalde como sala de música, el proyecto de urbanismo feminista, lo del equipamiento vecinal, la Casa de Mujeres... Y, sin embargo, cuarenta años más tarde, el pasado se antojaba algo largo y poroso. Tomando el lema de la arquitectura Playboy —«Si quieres cambiar a un hombre, modifica su apartamento»—, lo pusieron en práctica a escala del vecindario. Fue un esfuerzo descomunal: cambiar el barrio, transfigurar el espacio para moldear los comportamientos. Entender el pueblo como una fábrica de cuerpos. El proceso duró muchos años y exigió el trabajo colaborativo de muchas personas. Había corrientes amargadas que defendían que el ser humano, cuando está en grupo, es más necio y pierde cociente intelectual. Ellas no estaban de acuerdo: la creencia de que las capacidades personales se diluyen al vivir en sociedad solo podía proceder de un ansia desesperada de individualidad, de la quimera de la autosuficiencia, del rechazo radical a la codependencia.

Convencidas de que tanto la desesperación total como la esperanza ciega eran incompatibles con los sentidos, decidieron arreglar en parte lo que no se podía arreglar del todo: expulsaron los coches del casco urbano y mejoraron los servicios de tren y autobús, reemplazaron el asfalto por estratos permeables. Dispusieron un único aparcamiento para coches eléctricos en las afueras. Quitaron las terrazas de las plazas del pueblo. Decidieron dejar el espacio a les demás y a lo que estaba por venir, sin saber quiénes serían les demás ni qué era lo que vendría. Tomaron un entorno que hasta entonces había rebotado futuro, dominación y desconfianza y se empeñaron en llenarlo de vida.

Fabricaron unos asientos de madera a distintas alturas, para que les habitantes pudieran cambiar de perspectiva. A veces se sentaban arriba para leer; otras veces, abajo: pensar a diferentes alturas les facilitaba la tarea al intentar elevar el espíritu o bajar los humos. Les



niños jugaban a cosas que la gente adulta no entendía; los jóvenes se reunían en la plaza para comer y beber; las reuniones se alargaban hasta la noche. Las calles no evitaban los conflictos, pero sí, en cambio, la opresión. La iglesia se convirtió en un lugar de reunión: allí se celebraban las fiestas y las asambleas en invierno. Lo del frontón fue un poco más delicado, porque hasta quienes nunca lo habían utilizado sentían apego por él. Al final, después de las elecciones municipales, se convirtió en un espacio de uso libre, en 2030. A aquello le siguió la desprivatización de las sociedades gastronómicas y la aprobación del estatuto feminista, la prohibición de la silvicultura intensiva, el diseño de patios sin campo de fútbol en las escuelas, la proliferación de las fuentes y los bancos, etcétera etcétera. Todo se hizo mediante sorteos, que se impulsaron en contra de la tecnocracia y el populismo. Luz oyó a unos niños cantando *pito, pito, gorgorito*. Se miró las manos. Estaban viejas. Le habían salido bultos en los pulgares. Era el líquido sinovial, que se le escapaba.

#### IV

Pasaron otros dos trenes en direcciones opuestas. En la época en que Luz cayó en una profunda depresión tras la marcha de Odei, cuando tuvo que volver a los tranquilizantes y los somníferos químicos, Iزارo intentaba animarla: «Ya sabíamos que algunos no iban a poder afrontar el cambio. Todas las utopías se cobran sus víctimas». Le preparaba infusiones de lúpulo, la obligaba a tragarse píldoras de valeriana. Luz sabía que el verbo adecuado no era *afrontar*, y tampoco era *víctima* el objeto apropiado. Sabía que esas personas habían tenido el privilegio de marcharse. Que cogieron el coche y se fueron, con su dinero y sus cuerpos productivos, con la convicción de que tenían derecho a hurgar en la destrucción. Cada mañana, al despertar, la realidad la sacaba de la inocencia del sueño con un golpe seco. No creía que su hijo sintiese una sacudida así, ni tampoco ninguna necesidad de volver. ¿Acaso había sido demasiado confiada? Ella creía que los progenitores, o cualquier tipo de pariente, tenían dos funciones principales: ayudar a las criaturas a autodefinirse y relajarse y tratar de darles herramientas para ello. En lugar de eso, tuvo que creerse que la arquitectura no tiene respuesta para todo, ni tampoco el amor, por cierto; que el espacio —tanto el íntimo como el social— puede crearse y moldearse a placer, pero los caminos de la condición humana, del corazón y de la ira, son

impredicibles. Que las racionalidades geométricas chocaban con las telarañas de los impulsos humanos. Sí que lo intentaron, pero Odei se autodefinió en una dirección que ella no esperaba, y la sensación de haber fracasado no era algo que pudiera quitarse de encima como si fuera un jersey de lana.

«Los enfrentamientos violentos son una carga para los cuerpos; nos obligan a contar la historia una y otra vez», le dijo a Izaro. Esta le habría respondido que las sociedades libres de violencia no eran más que errores de interpretación, pero en lugar de eso guardaba un silencio respetuoso. Ocurrió después de la segunda pandemia: grupos de hombres organizaron su ira de forma inesperada y se rebelaron contra la transformación del pueblo. Los más extremistas utilizaban palabras como *castración* o *domesticación* para describir los efectos del urbanismo feminista y defendían un *género transparente* sin cambiar nada en la práctica. Se reprodujeron perversos discursos gatopardistas —cambiarlo todo para que todo siga igual—, empezaron a escribir mensajes con faltas de ortografía en las paredes. Pero fueron los intelectuales, incluidos aquellos que habían militado en partidos de izquierdas, hábiles oradores y escritores, quienes echaron leña al fuego del odio en nombre de la *igualdad real*. Llenaron la calles de pintadas con frases como «No somos bonobos». Las reyertas se extendieron por toda la región. Los hombres hacían ruido, gritaban en tonos graves. En los carteles de las protestas aparecían figuras solitarias o en grupo con los músculos tensos, martillos en mano. Los más sofisticados optaron por el arma del silencio: el silencio contra sus hijas, sus parejas, sus compañeras de trabajo. En los encuentros presenciales se volvieron prácticamente indistinguibles de sus compañeras feministas de asamblea, tanto en su discurso como en su lenguaje corporal, pero en las redes blandían el azote de la indiferencia y el puñal de la ironía en contra de la tensión creativa. Algunas mujeres se les unieron; siempre hay algunas mujeres que se unen a los hombres enfurecidos. En este caso, la mayoría fueron de las que tenía terraza en casa; aquellas que, a medida que vieron aumentar su capacidad de consumo, se hicieron con su propia parcela en cuanto tuvieron ocasión, con un rincón en el que ejercer su propio control vegetal y todo. También se les unieron algunas jóvenes a las que se les notaba mucha pluma hetero, según Luz e Izaro.

Después todo sucedió muy rápidamente. Un día atacaron las instalaciones de compostaje con cócteles molotov. La vez siguiente hicieron



añicos las ventanas de la Casa de Mujeres. Poco después prendieron fuego a los autobuses, derribaron la carpa de trueque cultural, arremetieron con ganas contra el lavadero y se colaron en el huerto comunal para arrancar las cebollas de la tierra. Una vez, al volver a casa de una reunión con miembros de Hiritik At, Luz encontró un bate de béisbol astillado en la habitación de Odei. Cuando le pidió explicaciones, su hijo se le encaró: «No me creo esto que nos habéis impuesto. Lo que queréis es domesticarnos». Se lo dijo sin levantar la voz, en un tono casi femenino, ocultando sus ojos tras una cortina de cabello largo. Las investigaciones que se llevaron a cabo más adelante confirmaron que, efectivamente, se habían dado transformaciones corporales en los barrios reformados: a las mujeres cis se les espesó la voz; a los hombres cis se les afinó. Sus masas musculares también sufrieron un cambio parecido: las mujeres crecieron un poco; los hombres, en general, mermaron. La anatomía del pueblo influyó en la arquitectura y reformuló los constructos culturales hasta que se volvieron absurdos. Odei, sin embargo, no sabía nada de eso; no podía saberlo. Aquellas investigaciones llegaron después. Quizá lo que pasó fue que Odei comprendía ese futuro por intuición, que responsabilizaba a su madre de haberse entrometido en la adaptación de su cuerpo —y, por tanto, de la realidad— que hasta entonces había creído libre.

Algunos de los que se habían organizado en grupos se atrincheroaron al principio en las sidrerías que rodeaban el pueblo; se congregaron en aquellos pabellones construidos para turistas y ahora vacíos, a los pies de depósitos de acero inoxidable del tamaño de naves espaciales. Desde allí organizaron las ofensivas; era una ubicación estratégica desde la que tenían el pueblo siempre a la vista. Hasta aquel momento, en el pueblo habían respondido con resistencia pacífica. Arreglaban los destrozos y se afanaban en mantener una sensación de normalidad. Sin embargo, la situación estalló cuando, en las fiestas de carnaval, cuatro hombres vestidos con máscaras y buzos de compostaje metieron en un coche por la fuerza a una integrante del comité transformador, la llevaron a Troya y la violaron. La respuesta fue generalizada: una oleada de solidaridad arrolló toda la comarca, también desde las provincias. Izaro y Luz trabajaron a destajo en la coordinadora contra las agresiones. Poco después comenzó la huida. Lo llamaron *el éxodo de los hombres*, pese a que no se marcharon todos los hombres, ni fueron solo hombres quienes se marcharon. Cuando se derribaron todos los espacios para la dominación, cuando se establecieron turnos





de trabajos de cuidado y limpieza y se retiraron los urinarios de pie, algunos vecinos sintieron que les habían arrebatado algo. Al ver que tanto el ayuntamiento como los comités transformadores seguían en sus trece, se largaron de allí. En poco tiempo perdieron alrededor de cien habitantes. Sin embargo, fueron más las personas que se mudaron allí a vivir. La fama del pueblo se extendió como la ortiga. Los reaccionarios que no huyeron lejos se batieron en retirada y se reagruparon en Troya. Ahora era el único barrio del pueblo con una entrada asfaltada. Aquel hombre, ya entrado en los sesenta, aquel que le había dado el papelito que acababa de meter en el bolsillo, fue compañero de comando de Odei en la década de los treinta. Ahora Luz miraba al andén vacío; pronto llegaría el tren del oeste. Odei se marchó en uno de esos y nunca volvió.

## V

—Siento haberte hecho esperar, no es un sitio muy cómodo.

Para cuando Iزارo le habló, ya llevaría un buen rato mirándola. A Luz le dio vergüenza ser una mujer abstraída mirando a la estación de tren. Iزارo cruzó los brazos sobre el pecho y se tocó las clavículas. Estar esperando tenía, en lengua de signos, una solidez que ella no sentía, quizá debida al gesto de cruzar los brazos, de proteger el cuerpo de la presencia o la ausencia de quien está al llegar. Iزارo le había comentado alguna vez que, desde pequeño, Odei había tenido miedo de decepcionarla. Fallar a la madre. En esas ocasiones, Luz se cerraba, se echaba la llave como en los edificios públicos, con discreción, pero tajante. Le había respondido que era su deber, como madre feminista de un niño, demostrarle a éste que la función de la madre no era sentir por él, porque los hombres que tienen miedo de los sentimientos buscan constantemente a mujeres que sientan por ellos, a pesar de que al mismo tiempo las desprecian, precisamente, por sentir demasiado hondo. Cuando Luz se cerraba, Iزارo no insistía; hacía tiempo que habían desarrollado el arte de estar juntas de una manera tan sencilla como ambiciosa.

Iزارo venía tirando del carrito de la compra. Luz pensó en cómo cambia nuestra relación con el peso en cada etapa de la vida: en la infancia se lo cargamos a otras personas, de jóvenes nos lo echamos a la espalda, las nuevas madres lo empujan, de mayores lo llevamos a rastras.

—He comprado miel —dijo Iزارo, contenta, y sacó un frasco del carro—. Toma, para ti.

Luz soltó el trozo de papel y sacó las manos de los bolsillos de la chaqueta para aceptar el bote de miel. Empezaron el camino a casa.

—Estaba pensando en ir al bosque —le dijo a Iزارo—. ¿Me acompañas?

Pasaron por la cocina para vaciar el carrito. Había un bizcocho dorándose en el horno. Rober estaba sentado a la mesa junto a la ventana, revisando unos papeles.

Tomaron la senda del monte. En el huerto frutal había unos cuantos vecinos trabajando. En la cuesta de Amiri se encontraron con un grupo de niños que habían ido a por leña. Alegres y sucios, traían la carretilla llena, con algunos leños sueltos en los brazos. Una niña llevaba en la mano un hongo yesquero que había hurtado del tronco de un árbol. Cruzando el río, Iزارo avistó un martín pescador posado en la rama de un olmo. Luz le contó que una malviz estaba cantando.

Para Luz, adentrarse en el bosque suponía encontrarse con el recuerdo de miedos pasados. En la ciudad de Iزارo, la amenaza procedía de otros espacios. Había nacido en la decimoctava planta de un rascacielos, con la ciudad a sus pies. Hasta la adolescencia no conoció la vida de barrio. En la ciudad, la gente creía que la sociedad era un entorno cruel, desprotegido, nada solidario; en cambio, consideraban la casa como el territorio de la protección y el amor. Era una amarga ironía que fuera en el acogedor refugio de la casa y la familia, en el regazo de la intimidad, donde mataban a las mujeres, en el coche familiar, en el sótano de la casa, en el garaje. Iزارo había dedicado sus años de carrera al estudio de la arquitectura de la violencia.

Sintieron la presencia del corzo antes de verlo. Allí estaba, entre dos robles, mirándolas con el cuello y las orejas tiesas. Estuvieron así un instante, en una tensión triangular. Después, tras un leve movimiento, el corzo huyó. Iزارo y Luz se miraron.

—Mi padre no me dejaba meterme en el bosque. Me decía que había lobos. Lobos y jabalíes. Cepos para zorros, incendios provocados cuando hacía mucho viento... Más tarde, no me acuerdo de cuándo ni cómo, las bestias se fueron convirtiendo en seres cada vez más sofisticados, hasta que tomaron la forma de hombres desconocidos, presencias que sospechábamos escondidas detrás de cualquier árbol. El bosque se convirtió en tierra exclusiva de los hombres; todo rastro humano que

veíamos en el bosque, cada sonido, era de ellos. Las mujeres, como mucho, recogían arándanos sin hacer ruido.

Luz sabía que era inútil mencionarle a Iزارo las excavadoras, los Toyotas, los remolques de los cazadores, los jeeps, las motos, los tractores, los *quads* y las motosierras. Sabía que no podía imaginar el sonido de un motor. Iزارo había vivido, en cierto modo, libre de ese abuso acústico, aunque a veces mencionaba el «ruido» de la ciudad, un ruido que no se le colaba por los oídos, pero sí por todos los demás sentidos.

—Los árboles también eran suyos: los pinos insignes y los eucaliptos; los sacaban de aquí apilados en camiones.

En ese momento Luz escuchó un chasqueo casi imperceptible, como un corte en el aire.

—Creo que le han disparado al corzo.

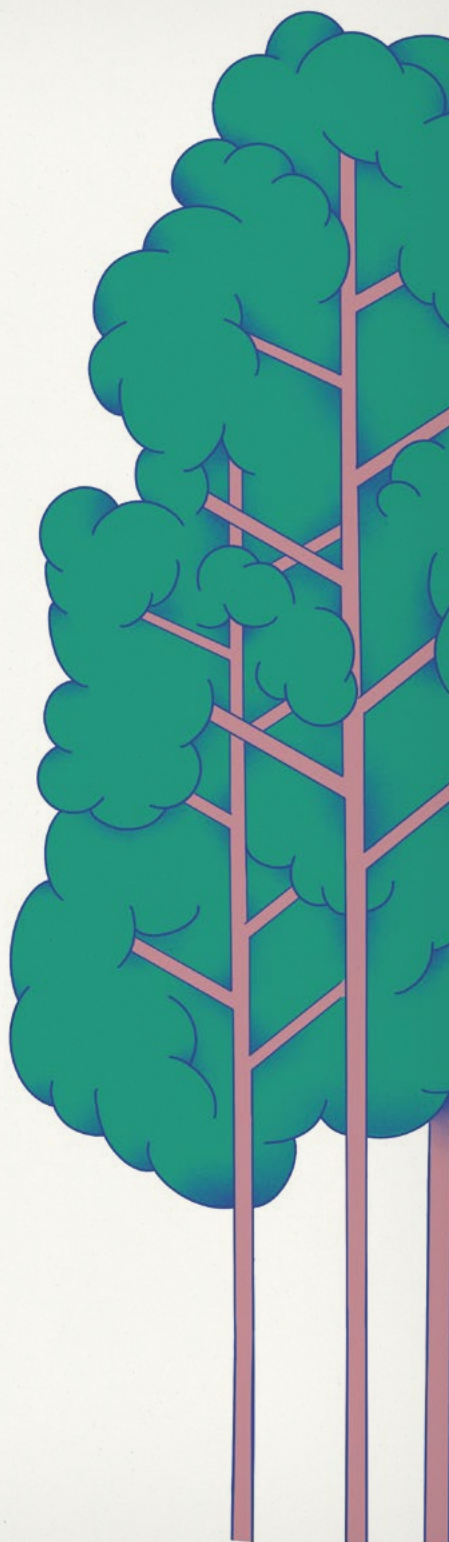
Le sorprendió la rapidez de su reacción. Tiró de Iزارo hacia el lugar en el que habían visto esconderse al animal. Iزارo siguió tras ella, despacio. La claridad remitía rápidamente conforme se adentraban en el bosque. Se agarraban a los troncos de los árboles para no perder el equilibrio, las faldas se les enganchaban entre los helechos. Luz escuchó unos pasos a lo lejos. Les gritó. Iزارo le señaló una silueta entre los árboles.

—¡Eh! ¡Oye, tú! —le gritaron.

Había dos personas con armas en las manos. Por un momento se quedaron inmóviles, mirando a las mujeres, pero enseguida desaparecieron hayedo adentro. Ellas no tardaron en descubrir al corzo herido junto a un haya achaparrada. Con las patas flexionadas, intentaba ponerse en pie. El tiro le había alcanzado encima del lomo. Era un corzo joven. Se le acercaron. Hacía décadas que Luz no sentía la mirada de un animal herido por un disparo. Se agachó junto al corzo, que, mansamente, le posó la cabeza sobre la falda estampada de flores. Iزارo le apoyó la mano sobre la garganta herida. Así se quedaron les tres, juntas, hasta que poco a poco el animal cerró los ojos.

## VI

«12:00 Bayonne». No sacó el papel del bolsillo de la chaqueta hasta que se hizo de noche y estuvo a solas en su habitación. Por la mañana, sin avisar a nadie, partió hacia la estación de tren y se subió al vagón antes de poder pensárselo dos veces. Hacía diez años que no salía del pueblo. Vio la fábrica de creación Fahrenheit 451, el pabellón



reformado de la antigua incineradora. La macrocárcel de Zubieta le trajo a la mente las batallas que habían perdido. Hasta que el tren cruzó Donostia no pensó en la ropa que llevaba puesta. Iba a llamar la atención en la ciudad. Se miró las zapatillas manchadas de tierra. Luego cruzó las manos sobre la barriga.

Llegó a la estación de Baiona treinta minutos antes de la cita. Reconoció el árabe, el chino y el francés en el habla de los viajeros. Salió del vagón al andén número tres con la bolsa de tela en la mano. La gente pasaba a toda prisa por su lado. Un joven al que no vio la cara le dijo «barkatu», en euskera. Se escuchaba música por los altavoces. Necesitó un momento para ubicar la salida, tras lo cual dejó atrás el andén y cruzó el segundo arco. La gente que viajaba con ella ya había desaparecido.

Fuera hacía sol. En la explanada frente a la estación había taxis aparcados y un perro vagabundeando entre ellos. Se fijó en un par de locales donde preparaban comida para llevar en la placita junto al aparcamiento. Trató de identificar los olores que flotaban en el aire; la membrana de la nariz se le había desacostumbrado a la ciudad. Polvo, curry, pis. Polen, tal vez. Goma caliente y acero. No había casi gente por la calle. Vio otros perros tumbados entre los alcornoques al borde de la plaza. También a una mujer madura caminando tras un cochecito de bebé eléctrico. Al fijarse en las calles de alrededor vio más perros, todos tirados a la sombra, perros callejeros de colores pardos. Algunos solitarios; otros, en grupo. No se oía ningún ladrido. Tampoco parecían haberse percatado de su presencia. Se le acercó uno de flancos anchos que a ella le pareció que tenía algo de boyero suizo. Luz le ofreció una manzana que llevaba en la bolsa; el animal la aceptó y se dispuso a comérsela sin mucha prisa, tumbado a sus pies.

Desde un extremo de la plaza le vio llegar patinando. Salió de repente a la luz de una calle en sombra, montado de una tabla levitante, a dos palmos del suelo. Al fin frenó y posó los pies en la tierra. Llevaba una paloma gris en el hombro.

—¿Usted es Luz, verdad?

Era una guma, joven, le echó veintiún años. Le hizo un gesto a Luz que ella no reconoció, pero que tomó por un saludo. Llevaba el pelo rapado al cero y una chaqueta que le llegaba a las rodillas, bajo la que se ocultaba un cuerpo delgado. Luz adivinó unos rasgos suaves tras las gafas oscuras.

—Supongo que esperaba que viniera Odei. No va a venir.

—Creo que eres...



—Soy descendiente de Odei, sí.

Instintivamente, Luz le extendió la mano. Le guma la aceptó. Se presentó: «Kaia». La paloma empezó a comer del bolsillo de su chaqueta.

—Vivo en París. En las afueras. Soy profesore de ciencia y tecnología en el barrio, me dedico a la colaboración entre especies.

Luz se dio cuenta de que la paloma llevaba una mochila pequeñita amarrada al dorso.

—¿La atiendes tú? —dijo señalando al ave. Se le había escapado la palabra del abuelo.

—Ali es una paloma rescatada. Tiene un sentido de la orientación fantástico. Puede volver al palomar desde cientos de kilómetros, incluso en medio de la niebla.

Luz se fijó en la paloma. Vio una pequeña pupila despierta en medio del iris naranja.

—¿Es buen buen sitio, París?

Luz se avergonzó de la ingenuidad de la pregunta, pero París se le antojaba realmente lejano. No supo interpretar el gesto de Kaia y se puso nerviosa. Abrió la bolsa y sacó de ella el frasco de miel que Izaro le había regalado.

—Es de las abejas de Troya. Dáselo de mi parte, por favor.

Kaia asintió. Miró hacia la estación de tren.

—Alguien tiene que vivir en los lugares heridos —le dijo a Luz antes de subirse de un salto ágil a la tabla levitante—. Que tenga un buen viaje de vuelta.

Le *guma* y la paloma se marcharon por donde habían venido. La plaza volvió a llenarse de perros vagando aquí y allá. Bordeaux, Hendaye, Toulouse. Las tres direcciones principales estaban inscritas sobre sendos arcos. Luz se dirigió a su vagón. Tomó asiento en el tren con la bolsa de tela vacía doblada en el regazo. Pronto emprendería el camino a casa. El tren atravesaría una Donostia herida y pasaría junto al río Oria. Para entonces ya se habría disipado la bruma de la mañana. Luz se adentraría en la ciénaga que guardaba las voces de quienes habían muerto hacía mucho y las de quienes aún estaban por nacer. Zapateros y libélulas entre los juncos. Vapor en las pozas. Cerró los ojos. También a ella se la llevaría pronto el agua, río abajo; entonces llegaría por fin a la desembocadura, a merced de la corriente, y descansaría bajo el cielo negro azulado de antes del alba.

## INSPIRACIONES Y HURTOS

- Almandoz, Koldo. 2018. *Oreina, bitakora kaiera*. Donostia: Txintxua films y Farmazia Beltza.
- Artetxe, Miren. 2020. «Zoriontsu naiz nire isiltasunezko munduan», entrevista a Ainhoa Ruiz de Angulo.
- Artetxe, Miren. 2021. «Arkitekturan ari denak erantzukizun politikoa du nahitaez», entrevista a Ula Iruretagoiena.
- Bachmann, Ingeborg. 2019. *Aldibereko*. Donostia: Erein & Igela.
- Errekondo, Jakoba. *Bizi baratzea*.
- Esteban, Mari Luz. 2019. *Andrezaharraren manifestua*. Iruñea: Pamiela.
- Ganuza, Ernesto; Mendiarrat, Arantxa. 2020. *La democracia es posible*. Bilbo: consonni.
- Haraway, Donna. 2019. *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno*. Bilbo: consonni.
- Rozas, Ixiar. 2014. *Beltzuria*. Iruñea: Pamiela.
- Sastre, Pablo. 2007. *Gauzen presentzia*. Donostia: Elkar.
- Lorde, Audre. 1984. *Sister outsider*, «Man Child: A Black Lesbian Feminist's Response».
- VV.AA. 2019. *Maitasuna politikoa da*. Andoain: Jakin.

## AGRADECIMIENTOS DE LA AUTORA

No hay solistas, solo acompañamiento. Gracias a las integrantes de AZALA por invitarme a meterme en este río que me ha llevado a lugares inesperados. A todas las personas que participaron en la sesión de Futurible. A Nerea, Danele, Miren, Oihana, Leire y Eñaut, por leer estas líneas e indicarme caminos por donde enriquecerlas. A Antton, por enseñarme los nombres de los pájaros. A Andrés, por sacarle punta al lápiz y revisar la fábula. A las orillas y caminos que transito, por la inspiración.



## BORRADORES DEL FUTURO

*Borradores del futuro* es una colección de relatos cortos que imaginan el futuro de alternativas o utopías. En «El río», la escritora Uxue Alberdi imagina el efecto transformador de un urbanismo con perspectiva de género. Para ello, parte de experiencias desarrolladas en Usurbil, como la revisión mediante este enfoque del Plan General de Ordenación Urbana (PGOU) o el proyecto Txirikorda de vivienda comunitaria intergeneracional.

**El urbanismo feminista en Usurbil.** El municipio de Usurbil (Gipuzkoa) ha puesto en marcha un plan para incorporar la perspectiva feminista al PGOU, mediante el cual sus habitantes han podido reflexionar sobre sus deseos y necesidades en torno a los modelos de vecindad e identificar los retos a los que se enfrenta el urbanismo frente a la desigualdad de género. Centrándose en cuestiones como la segregación, la movilidad, los cuidados, el pequeño comercio o las necesidades de criaturas, jóvenes y personas mayores, han imaginado una arquitectura que responda a la vida. La vivienda intergeneracional comunitaria Txirikorda, por su parte, también se está desarrollando vinculada a la arquitectura feminista y contra los límites impuestos por los modelos y precios actuales de la vivienda, proyectando una casa más habitable para jóvenes hasta los 30 años y personas autónomas mayores de 60.

**Uxue Alberdi Estibaritz.** (Elgoibar, 1984). Es escritora y bertsolari. Ha escrito dos libros de relatos (*Aulki bat elurretan*, Elkar, 2007; *Euli-giro*, Susa, 2013), dos novelas (*Aulki-jokoa*, Elkar, 2009; *Jenisjoplin*, Susa, 2017) y una crónica literaria (*Dendaostekoak*, Susa, 2020), además de haber publicado multitud de obras para el público infantil, como *Besarkada* (Premio Euskadi 2016). Ha traducido poemas de Alfonsina Storni al euskera y conduce varios grupos de lectura. Su ensayo *Kontrako eztaaririk* recibió en 2019 el Premio Euskadi de Ensayo. Participa en diversos proyectos en los que confluyen el feminismo y el bertsolarismo, tales como las actuaciones de bertsolaris *Ez da kasualitatea* y la *bertso-eskola* de empoderamiento.

*Borradores del futuro* se gesta desde **Azala**, un espacio para residencias artísticas situado en Lasierra, un pueblo alavés de 12 habitantes, en las faldas de un encinar. Desarrolla desde sus inicios en 2008 múltiples colaboraciones con otras instituciones culturales, y quiere estar cada vez más ligado a prácticas situadas en su entorno. Para la creación de esta fábula, se organizó desde Azala una sesión de «Futurible», ejercicio de proyección hacia el futuro celebrado mediante videoconferencia el 11 de enero de 2021.



## AGRADECIMIENTOS

Agradecemos a todas las personas que nos regalan tiempo, ilusión y energía a la hora de seguir creando este proyecto.

Para este #1 en Gipuzkoa, también agradecemos a Uxue Alberdi, Paula Estévez, Oihane Ruiz Menéndez (Silvestrina S. Coop.), Karlos Renedo (Hiritik at), Nora Erdozia (Ayuntamiento de Usurbil) y Unai Pascual; así como a todas las personas que han participado, aparte de las antes mencionadas, en el proyecto y la sesión de «Futurible»: Argitxu Aguerre, Ana Almandoz, Edurne Eizagirre, Maite Fernández, Irene Intxausti Basilio (Teklak), Ainara Iñiguez, Ula Iruretagoiena, Michela Lamedika, Jone Miner, María ptqk, Anne-Françoise Raskin, Leire San Martin, Maite Telleria (Azala), Koldo Telleria Andueza (DUNAK Taldea) y Saioa Zuazubizkar.

## COLECCIÓN GIPUZKOA #1

Edición de 2.300 ejemplares. Distribución en bares y lugares de paso en ciudades y pueblos de Gipuzkoa. La publicación está también disponible en [borradoresdelfuturo.net](http://borradoresdelfuturo.net).